

JORGE CUESTA:

EL ENSAYO COMO CAMPO DE BATALLA

TOMÁS BERNAL ALANIS*

“En lo político, otra guerra sin cuartel, otra lucha por el poder y la riqueza. Subdivisión al infinito de las facciones, deseos incontenibles de venganza. Intrigas subterráneas entre los amigos de hoy, enemigos mañana, dispuestos a exterminarse mutuamente llegada la hora”.

José Clemente Orozco

I. EL ENSAYO EN EL HORIZONTE

[En el presente trabajo trataré de abordar el uso del Ensayo como constructor de ideas y campos de batallas. En el primer apartado, hablaré de lo difícil que es definir al ensayo y su papel en el mundo moderno. En el segundo apartado, señalaré cómo el ensayo es fundamental para edificar monumentos ideológicos de la representación de algunas realidades que dan vida y movimiento a las naciones, y por último, haré una reflexión del trabajo de un ensayista mexicano del siglo XX: Jorge Cuesta.

Iniciemos con el difícil arte de intentar definir el Ensayo. El Ensayo en sus múltiples acepciones desde su origen, ha tomado en cuenta a la experiencia como un elemento invaluable dentro de la modernidad por caracterizar su propia existencia.

* Profesor-investigador del Departamento de Humanidades, UAM-A.

Desde la publicación de los *Ensayos* de Michel de Montaigne (1533-1592) en 1580, este género literario se ha caracterizado por una multiplicidad de puntos de vista donde la individualidad se ha expresado sobre la realidad en un mundo cambiante y dinámico.

El origen de los *Ensayos* de Montaigne obedece a la preocupación personal, íntima, de este autor por escribir sus experiencias, plasmar por medio de la escritura lo que ve, siente, vive y conoce sobre la vida.

Así, a finales del siglo XVI, surge un nuevo género literario: el ensayo.¹ Género literario hijo de la modernidad, de la cultura del Renacimiento y del proceso de concientización de la variedad humana en sus múltiples manifestaciones. El mismo Montaigne desde el inicio de sus *Ensayos*, en el capítulo I, reconoce lo siguiente: “Preciso es reconocer que el hombre es cosa pasmosamente vana, variable y ondeante, y que es difícil fundamentar sobre el juicio constante y uniforme”.²

Para Montaigne, la diversidad humana es el resultado de ese individualismo galopante que surge en el horizonte del capitalismo occidental. Capitalismo mundial que soplará en los vientos de la uniformidad espacial a lo largo de las tierras conocidas y las recién descubiertas. Sí, claro, estamos hablando del Nuevo Mundo, de ese espacio virgen y exótico a los ojos de los europeos.

De aquí surge una relación que ensancha aún más los horizontes del hombre, como género y como individuo-nación. Europa voltea y desembarca en América, con la ilusión de encontrar el paraíso perdido, de lo que ellos perdieron en sus jardines de la historia.

¹ Para tener un mayor acercamiento y comprensión del tema sobre el ensayo, véase Liliana Weinberg. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México, UNAM/FCE, 2001.

² Montaigne, Michel de. *Ensayos Escogidos*. México, UNAM, 1997, p. 36.

Esta ilusión, este idilio, momento propicio para reconstruir lo que se ha destruido, lo establece magistralmente el escritor mexicano Carlos Fuentes en la frase que a continuación cito:

“Aliento tibio de la nostalgia, resplandor tormentoso de la esperanza: el ojo helado de ambos movimientos, el que nos conduce a reconquistar el pasado armonioso del origen y el que nos promete la perfecta beatitud en el porvenir, se confunde en uno solo, el movimiento de la historia. Únicamente la acción histórica sabría ofrecernos, simultáneamente, la nostalgia de lo que fuimos y la esperanza de lo que seremos”.³

Esta relación con el otro, con su reconocimiento o negación, con la memoria y el olvido que hacen los europeos de un mundo “ajeno” a ellos y a veces distante. Pero que en muchas ocasiones esta distancia es la que nos acerca en nuestras ideas, juicios, representaciones de los otros.

Como lo ha dejado escrito Montaigne en el capítulo XXX, del libro primero “De los caníbales”, donde hace una disertación sobre el salvajismo de los primitivos en relación con los civilizados, pero que a través de las ideas cuestiona realidades dadas por hecho:

“Esas naciones que parecen, pues, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha denominado escasamente la huella del espíritu humano, y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva. Las leyes naturales dirigen su existencia muy poco bastardeadas por las nuestras, de tal suerte que, a veces, lamento que no hayan tenido noticia de tales pueblos, los hombres que hubieran podido juzgarlos mejor que nosotros”.⁴

Este mismo dilema lo dejó plasmado en un hermoso libro de ensayo antropológico Claude Lévi-Strauss *Tristes Trópicos*, sobre la naturaleza de un pueblo suramericano visto por un hombre occidental, en un intento ahistórico más de comprender al

³ Fuentes, Carlos. “Prólogo” en Milan Kundera. *La vida está en otra parte*. Barcelona, Seix-Barral, 1979, p. XVII.

⁴ Montaigne, Michel de, *op. cit.*, p. 122.

otro, de reconocer en mi “yo” su “tú”, o como dijera el autor, una mirada lejana.

En fin, el ensayo, es un ejercicio de la inteligencia que desarrolla un encuentro de ideas, es donde las ideas del autor se expresan al desnudo, o como lo asienta Camila Henríquez Ureña: “El ensayo así entendido es la forma literaria que mejor puede contribuir a desarrollar el hábito de pensar y reflexionar, sin el cual no es posible apreciar profundamente ninguna función literaria”.⁵

El ensayo es por excelencia, el género literario, donde se discuten las ideas, donde los autores salen de su torre de babel para adentrarse en el mar de las discusiones y las reflexiones para echar andar el camino del diálogo y la crítica.

Por otro lado, el teórico marxista George Lukács en su incisivo y profundo ensayo “Sobre la esencia y la forma del ensayo” de su obra *El alma y las formas* de 1910, establece al ensayo como un ejercicio crítico sobre la vida y sus representaciones.

Para Lukács, el ensayo es una forma de arte, porque crea formas del alma expresadas en la individualidad del ensayista en busca de la unidad como género literario. Pero también es algo vivido, lo inmediato de la conciencia y de la existencia, por ello Lukács nos dice: “El ensayo es un juicio, pero lo esencial en él, lo que decide su valor, no es la sentencia (como en el sistema), sino el proceso mismo de juzgar”.⁶

El juego de las formas se expresa en el contenido del sentido vivido por el escritor, lo que da realce y singularidad a su obra. Los grandes ensayistas construyen su obra a partir de su vivencia, de la representación que hacen de la realidad.

Esta crítica que se convierte en continuidad, establece una forma de ver y explicar las cosas, que con el tiempo se definen

⁵ Henríquez Ureña, Camila. *Apreciación literaria*. La Habana, Pueblo y Educación, 1974, pp. 169-170.

⁶ Lukács, George. *El alma y las formas y La teoría de la novela*. Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 38.

como una tradición, como la entiende el poeta y ensayista Thomas S. Eliot:

“La continuidad de una literatura es esencial para su grandeza, en muy gran medida es función de los escritores secundarios preservar esa continuidad y formar un cuerpo de obra escrita que, aunque no haya de leer necesariamente la posteridad, desempeña un gran papel como eslabón entre los escritores a los que se sigue leyendo”.⁷

Así preservando la continuidad se conforman las tradiciones, las cuales le dan sentido y vigencia a una forma de enfocar la realidad. Pero para otros, como el crítico literario Harold Bloom, esta tradición se convierte en un problema de resolver y rebasar.⁸

De ahí el difícil pero necesario trabajo que los ensayistas deben realizar para mantener o romper las tradiciones, de esta permanente tensión se alimentan las literaturas universales y nacionales. Y sólo basta nombrar algunos nombres célebres de ensayistas que han dejado huella en el campo de las letras y las ideas: William Butler Yeats, Óscar Wilde, George Bernard Shaw, Henry David Thoreau, Albert Camus, Jean Paul Sartre, Thomas S. Eliot, Andre Gidé, Bertrand Russell, Giorgos Seferis, Czeslaw Milosz, Elias Canetti, Josef Brodsky, Octavio Paz, Gunter Grass, José Emilio Pacheco, Alfonso Reyes y muchos más.

II. EL ENSAYO LATINOAMERICANO

El desarrollo de las ideas en América encontraron en el eco de la conquista las primeras polémicas para defender o atacarla como hecho histórico.

El origen del ensayo latinoamericano como expresión de lo “americano” se pierde en la noche de los tiempos, pero tiene en

⁷ Eliot, Thomas S. “Los clásicos y el hombre de las letras” en *Criticar al crítico*. Madrid, Alianza Editorial, 1967, p. 195.

⁸ Bloom, Harold. *La angustia de las influencias*. Venezuela, Monte Ávila Editores, 1991.

sus más preclaros defensores como: Bartolomé de Las Casas, Francisco Javier Clavijero, Fray Servando Teresa de Mier, a sus pioneros. Conciencia que se desarrolla en el periodo colonial, pero es a ciencia cierta como el resultado del proceso histórico por configurar verdaderas naciones después de las luchas de independencia, cuando el siglo se convierte por excelencia en el campo de las disputas por la Nación.

En el debate de las ideas aparecen ensayos de una trascendencia histórica para el corpus de la ideología latinoamericana que enmarcan los verdaderos problemas y dilemas de los pueblos subyugados por su pasado y su historia. Y así se recrean en el tiempo las grandes dicotomías que intentan marcar las singularidades de ciertos pueblos que comparten condiciones históricas muy similares.

Y así el ensayo en sus distintas manifestaciones: históricas, antropológicas, sociológicas, políticas, literarias, entre otras, teje el hilo de la historia. En 1845 aparece una obra de enorme influencia, *Facundo: Civilización o barbarie* de Domingo F. Sarmiento, donde estas dos tendencias marcan el derrotero de América, como herencia del pasado y promesa del porvenir.

Otra obra que refuerza nuestro atraso frente al mundo anglosajón es *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, que tendrá repercusión en la obra de José Vasconcelos *La raza cósmica* (1925), donde las fuerzas materiales y espirituales de estas civilizaciones se encuentran en permanente pugna.

En este largo y sinuoso camino por el que ha transitado América Latina para definir una identidad y una nación, el papel de los ensayistas ha sido imprescindible. No sólo desde la tribuna y la retórica, sino como figuras emblemáticas que con su obra han dado un impulso a la creación de visiones propias de los países dominados.

Para el siglo XX, los ensayistas latinoamericanos fundieron su obra reveladora con los grandes problemas nacionales, trayendo con esto un intento por responder a los retos que la historia tenía con sus patrias.

Y así responden con los temas y corrientes ideológicas de sus épocas: evocando los rescoldos del positivismo, del anarquismo, del marxismo y de esas dicotomías permanentes en el pensamiento latinoamericano como: modernización-tradición, indigenismo-hispanismo, urbano-rural, como expresiones que simbolizan los nudos históricos de nuestras realidades.

Los grandes ensayos enmarcaron estas preocupaciones y así aparecen: *Pueblo enfermo* (1909) de Alcides Arguedas, *Forjando Patria* (1916) de Manuel Gamio, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) de José Carlos Mariátegui, *Casa grande y Senzala* (1934) de Gilberto Freyre, *Radiografía de la Pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada, *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) de Samuel Ramos, *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz, sólo por mencionar algunos de los ensayos que han dejado huella y marcado una tradición en el pensamiento latinoamericano.

El ensayo se convierte en el género literario de la polémica, del discutir y de presentar posiciones en la lucha de las ideas por configurar explicaciones, escuelas, paradigmas, para intentar comprender y explicar la realidad y sus variantes. Es un género sin forma acartonada, libre, amplio, que nos permite transitar por los distintos géneros literarios, o como lo definiera Alfonso Reyes “es el centauro de los géneros”.

III. JORGE CUESTA Y EL ENSAYO

En el panorama literario del siglo XX sobresale la generación de *Los contemporáneos* integrada por poetas, novelistas, críticos de arte y ensayistas como Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Salvador Novo y Jorge Cuesta (1903-1942)

Los Contemporáneos son el resultado de una tradición y una ruptura. Continúan de alguna forma el modernismo, el humanismo, pero también entran en polémica por desentrañar los laberintos del nacionalismo posrevolucionario y el universalismo.

En este sentido, Cuesta participa de un acto reflexivo sobre la crisis que provoca la Revolución mexicana y al igual que muchos otros intelectuales mira el proceso revolucionario como un tiempo de cambio, de crítica, pero también por definir un espíritu nacional para nuestra literatura.

Aquí sólo tomaremos cuatro ensayos —que nos parecen representativos— de este espíritu crítico por mantener una tradición, pero también de un intento por construir una visión lúcida, penetrante e incisiva sobre la realidad mexicana posrevolucionaria.

Estos ensayos son: *La política de la moral* (1932), *La nacionalidad mexicana* (1935), *Crisis de la Revolución* (1934) y *La decadencia moral de la nación* (1935).⁹ En ellos Cuesta realiza un juicio, una reflexión, sobre la realidad mexicana.

En *La política de la moral*, Cuesta reflexiona sobre la novela de Rubén Salazar *Cariátide* para juzgar el uso que hace el poder político para juzgar, censurar y prohibir una novela donde los valores sociales comulgan con ideas comunistas en aras de una sociedad más justa.

Si bien son momentos, donde distintas ideas pueden operar en el laboratorio, los años treinta admiten experimentos, pero siempre y cuando no se salgan de los cauces oficiales que ha marcado “la familia revolucionaria”.

Cuesta crítica esa conciencia del poder político que toma una moral para determinar lo que es permitido o no, de ahí su espanto al ver que el nuevo poder político tiene claro los límites de una supuesta libertad de creación: “...una mayor conciencia de su fuerza, una mayor audacia, una mayor tiranía sobre la voluntad original y libre que fue la obra del poder político revolucionario”.¹⁰

⁹ Todos estos breves ensayos aparecen en la prensa de la época: en la revista *Examen*, y los últimos tres en el periódico *El Universal*, en los años citados en el texto. Ensayos que aparecen en los siguientes textos de *Poesía y Crítica*. México, Conaculta, 1991 y *Ensayos políticos*. México, UNAM, 1990.

¹⁰ Cuesta, Jorge. “La política de la moral” en *Poesía y Crítica*. México, Conaculta, 1991, p. 106.

En *La nacionalidad mexicana*, Cuesta retoma el texto de Samuel Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México*, para criticar que la nacionalidad mexicana es una construcción sencilla y evolutiva, sino que más bien, es un proceso donde diferentes alientos soplan sobre el alma mexicana. El ensayo de Cuesta demuestra la pertinencia por preguntarse permanentemente por la nacionalidad mexicana y comprenderla en su ámbito de singularidad histórica, pero también, como un legado de otras culturas: “Nuestra tradición, nuestro carácter originales se han visto contradichos inmediatamente por la normas culturales importadas de Europa”.¹¹

Para Cuesta la nacionalidad mexicana es una imitación europea, sólo cuando reconozcamos nuestra singularidad histórica podremos ser capaces de crear una nacionalidad propia, fecunda y que nos permita diferenciarnos de las demás.

En su ensayo *Crisis de la Revolución*, Cuesta critica el lado dogmático de la Revolución mexicana, donde se quiere trasplantar el presente en un acto único y duradero sobre el mismo porvenir, rompiendo todo intento de libertad y creación de otros actos que puedan ayudar a la reconstrucción nacional.

Si uno siguiera esa tradición del fenómeno ensayístico mexicano en el plano histórico sobre los juicios que se pueden emitir sobre la revolución, uno podría dialogar y comentar las posiciones de muchos de ellos como: *El balance de la Revolución* (1931) de Luis Cabrera, *La aspiración suprema de la Revolución Mexicana* (1933) de José Manuel Puig Casauranc, *1915* (1927) de Manuel Gómez Morín hasta *La crisis de México* (1947) de Daniel Cosío Villegas que significó el “tiro de gracia”, donde pone de manifiesto que la Revolución mexicana había muerto.

Como toda revolución tiene un contrasentido en su desarrollo, para el caso de la mexicana, se oficializa una historia y dogmatiza el conocimiento en aras de un proyecto ideológico único. Problemática presentada en su ensayo *La decadencia moral de la*

¹¹ Cuesta, Jorge. *Op. cit.*, p. 108.

nación, donde hace una crítica acerba contra los funcionarios que ocupan los puestos públicos o se han enriquecido al calor de la Revolución (en el plano literario sólo basta recordar la demoledora visión que tiene sobre este punto Carlos Fuentes en su novela *La muerte de Artemio Cruz*).

Los grandes ensayos de Jorge Cuesta sobre la Revolución mexicana obedecen a remirar nuestro pasado para cuestionar un presente que se quiere detener en el tiempo y en el poder, para dejar de lado, el permanente desarrollo de la inteligencia humana.

“Me pregunto, ante esta circunstancia, si la Revolución mexicana, como algunas personas suponen, no habrá sido un movimiento superficial que no ha podido modificar las bases profundas de nuestra cultura política; si, al fin, podrá ser sustituido por formas más civilizadas el paternalismo tradicional de nuestros regímenes gubernativos”.¹²

El poeta Cuesta volcó en sus ensayos una obsesión por la vida y el enjuiciamiento de la misma, por ello, la escritora Inés Arredondo sentencia: “Sus ensayos se inclinan por lo humano, por la inteligencia...”.¹³

Para otros es un guerrero incansable, que utiliza la inteligencia para ser escéptico de la realidad que lo rodea: “Cuesta, como sus amigos, se incorporó a la vida pública mexicana cuando el fervor de la revolución ya se había apaciguado”.¹⁴

Cuesta vivió en su infancia la revolución, pero también supo que la historia se construye desde el poder. Su escepticismo y relatividad de las cosas, hacen de él, un heredero de la inteligencia americana.

¹² Cuesta, Jorge. *Op. cit.*, p. 218.

¹³ Arredondo, Inés. *Acercamiento a Jorge Cuesta*. México, SEP/Diana, 1982, p. 128.

¹⁴ Katz, Alejandro. *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*. México, FCE, 1989, p. 14.

IV. CONCLUSIONES

El ensayo como género literario es variable, amplio, está lleno de la experiencia del que escribe. El ensayo es un producto del horizonte cultural del autor: su época, familia, generación, preocupaciones, influencias, tradiciones y rupturas marcan su mirada.

El ensayista defiende sus ideas con las armas de la imaginación y mucha lucidez. Su proceder, es construir su catedral con el pasado y el presente, desarrollar las ideas como un proceso de la argumentación necesario para entrar en el campo de batalla.

La interpretación es la materia prima del ensayista, que ve por medio de la lectura de los signos de su tiempo, que en algunos casos como el de Jorge Cuesta "a pesar del oscuro silencio" iluminaron nuestras letras y cultura.

Y como bien lo ha dicho el poeta Thomas S. Eliot:

"... lo que más bien me interesa señalar es que siempre deberá haber unos pocos escritores preocupados por penetrar hasta el meollo de la cuestión, esforzándose en llegar a la verdad y exponerla, sin demasiada esperanza, sin la ambición de alterar el curso inmediato de las cosas y sin dejarse abatir ni sentirse derrotados cuando parezca que nada sobreviene".¹⁵

Sin duda alguna, Jorge Cuesta fue uno de estos hombres que por medio del ensayo ejerció la libre creación de la inteligencia frente a las eternas formas de lo establecido y del poder. E hizo del ensayo un campo de batalla.

BIBLIOGRAFÍA

ARREDONDO, Inés. *Acercamiento a Jorge Cuesta*. México, SEP/Diana, 1982.

¹⁵ Eliot, Thomas S. *Criticar al critico*. Madrid, Alianza Editorial, 1967.

- BLOOM, Harold. *La angustia de las influencias*. Venezuela, Monte Avila Editores, 1991.
- CABRERA, Luis. *El Balance de la Revolución*. México, s. ed., 1931.
- CAPISTRÁN, Miguel. *Los contemporáneos por sí mismos*. México, Conaculta, 1994.
- CUESTA, Jorge. *Poesía y Crítica*. México, Conaculta, 1991.
- , *Ensayos políticos*. México, UNAM, 1990.
- ELIOT, Thomas S. *Criticar al crítico*. Madrid, Alianza Editorial, 1967.
- , *Lo clásico y el talento individual*. México, UNAM, 2004.
- GARCÍA MONSIVÁIS, Blanca. *El ensayo mexicano en el siglo XX*. México, UAM-I, 1995.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Camila. *Apresiasi literaria*. La Habana, Pueblo y Educación, 1974.
- ISLA, Augusto. *Jorge Cuesta: El león y el andrógino*. México, UNAM, 2003.
- KATZ, Alejandro. *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*. México, FCE, 1989.
- KUNDERA, Milan. *La vida está en otra parte*. Barcelona, Seix-Barral, 1979.
- LUKÁCS, George. *El alma y las formas y La teoría de la novela*. Barcelona, Grijalbo, 1975.
- MARTÍNEZ, José Luis (comp.) *El ensayo: siglos XIX y XX*. México, Promexa, 1985.
- MONTAIGNE, Michel de. *Ensayos Escogidos*. México, UNAM, 1997.
- OROZCO, José Clemente. *Autobiografía*. México, Planeta/Conaculta, 2002.
- OVIEDO, José Miguel. *Breve historia del Ensayo Hispanoamericano*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- PANABIÉRE, Louis. *Itinerarios de una disidencia. Jorge Cuesta (1903-1942)*. México, FCE, 1996.
- REYES, Alfonso. *Cartilla moral*. México, FCE, 2004.
- ROCKER, Rudolf. *Nacionalismo y Cultura*. México, Alebrije, s.f.

- SHERIDAN, Guillermo. *Los contemporáneos de ayer*. México, FCE, 2001.
- SKIRIUS, John (comp.) *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México, FCE, 1989.
- VILLARRUTIA, Xavier. *Obras*. México, FCE, 1986.
- VILLEGAS, Abelardo. *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México, FCE, 1993.
- VOLPI, Jorge. *A pesar del oscuro silencio*. México, Joaquín Mortíz, 1992.
- WEINBERG, Liliana. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México, UNAM/FCE, 2001.
- WEINBERG, Liliana. *Umbrales del ensayo*. México, UNAM/CC y DEL, 2004.